

# Itinerario de la Comisión Corográfica

Escribe: ANDRES SORIANO LLERAS

## EL SEGUNDO VIAJE

El segundo viaje de la Comisión Corográfica se inició el 1º de enero de 1851 y en él iban el jefe de la comisión, su hijo Domingo, Ancízar, Triana, Fernández y Carrasquel.

Como en el viaje anterior, en este se dirigieron a las provincias del norte de Bogotá, pasando por Zipaquirá y Chocontá. Estudiaron la laguna de Suesca. El 3 de enero estaban en Ráquira de donde siguieron a Ramiriquí por el camino del páramo de las Cruces. Visitaron luego a Vélez y Puente Nacional. A principios de febrero estaban en la mesa de Juan Rodríguez de donde marcharon a Bucaramanga y Piedecuesta. El 16 de febrero Fernández llegó a Bucaramanga porque se había quedado trabajando en la montaña. El 19 Codazzi estaba en el Socorro y Triana en Piedecuesta.

En Bucaramanga y Piedecuesta les tocó presenciar las emocionantes ceremonias de la manumisión de cuarenta esclavos, las que relata Ancízar de la siguiente manera: "Desde el estrado en que estaban el Gobernador, el cura y otros empleados municipales, se iban leyendo una por una las cartas de libertad, que recibían los manumitidos puestos al frente y vestidos de nuevo, como si hubiesen querido dejar atrás hasta las ropas que les cubrían en la servidumbre... Oyeron con recogimiento la breve felicitación acompañada de sanos consejos que les dirigió el cura, y mientras el pueblo los vitoreaba con estrépito, ellos permanecían graves, silenciosos: alguna lágrima rodó por las mejillas de los ya viejos, a quienes la libertad, su caro ensueño de largos años, les venía de improviso al fin de sus días. Después de esto fueron llevados con música y acompañamiento a una comida campestre, terminada con bailes populares a campo raso. Miraban las manumisas la diversión sin atreverse a participar en ella, por respeto a los que fueron sus señores, allí presentes, o por indecisión de su espíritu acostumbrado a no tener voluntad. Violo el gobernador, y a impulso de uno de aquellos pensamientos generosos difíciles de explicar, se dirigió a la más tímida y la sacó a bailar. La explosión de aplausos le manifestó que todos habían comprendido súbitamente su idea y me demostró que a todos eran comunes unos mismos sentimientos, igual generosidad de ánimo".

De Piedecuesta la comisión siguió a Suratá, y de allí por la vía del norte atravesó el río Peralonso, el paramillo de Botija, el río Cachimí y el páramo del mismo nombre, y siguió por el camino de Escatalá a la cumbre de Yarumal en donde hubieron de pasar una noche a la intemperie por imposibilidad de alcanzar a llegar a un lugar poblado o siquiera a una mala posada en el camino. Allí, a 2.533 metros de altura, dice Ancízar, “determinamos sentar nuestros reales y pasar la noche. Cortamos varas y hojas de palmiche, con las cuales fabricamos una barraca para guardar los instrumentos y libros. Después cada cual se proporcionó dos horquetas pequeñas, que clavadas a corta distancia recibieron una vara, sobre la cual se tendió el caucho de modo que cubriera el espacio de suelo indispensable para cama del propietario, terminando con esto la construcción de las casas, que a decir verdad nos inspiraban mezquina confianza, pues el inmediato páramo enviaba ráfagas de viento alarmantes que amenazaban llevarse los techos. Una magnífica hoguera templaba el frío de 10° con que vino la noche, y los sordos truenos retumbando al occidente en la inconmensurable profundidad de la hoya del Magdalena, nos advertía que nos hallábamos sobre la región de las tempestades, pero también cercanos a la de los hielos y huracanes engendrados en la cima de los Andes. Las nubes pasaban rápidas velándonos las estrellas, cuyo brillo esplendente solía llegarnos por las momentáneas roturas del importuno velo; todo callaba, excepto las chicharras del monte y el follaje de los árboles sacudidos a intervalos; y tal es la majestad del silencio en estas serranías agrestes cuando la noche las sumerge en su densa oscuridad, que la voz del hombre se deprime hasta el tono bajo al conversar, cual si por instinto se respetara el solemne reposo de la naturaleza. La hora del sueño nos encontró sentados sobre el césped a la rojiza luz de la hoguera y hablando de nuestra vírgen América, tan sola hoy, tan bella, cuya futura grandeza bosqueja la imaginación sin hallarle límites.

Cuatro leguas se anduvieron al día siguiente para llegar al sitio de La carrera, siempre por la sombra de los bosques en que abundan los helechos arbóreos y las orquídeas de extrañas y perfumadas flores. Otro día de marcha nos llevó a la hacienda de Ramírez, fin del territorio de Soto y principio del de Ocaña desde la inmediata cumbre de Jurisdicciones. Díonos hospedaje franco el dueño de la hacienda, señor Ignacio Gutiérrez, anciano de setenta y dos años, que la fundó y la vivía con su respetable compañera”.

Recorrieron luego el páramo de Guerrero y luego de pasar por la población de La Cruz, llegaron a Ocaña el 3 de abril, inmediatamente antes de la semana santa, cuyas conmemoraciones también les tocó presenciar allí. El 13 de abril todavía estaba en Ocaña. Allí encontraron al botánico Luis Schilim, oriundo de Bruselas y quien enviaba ejemplares de plantas a los jardines de Europa. Puso a Triana en comunicación con el señor Linden, horticultor residente en Bruselas y esta conexión fue desde entonces y por mucho tiempo de enorme utilidad para Triana.

En el viaje a Ocaña, Codazzi estuvo enfermo, con fiebre, en los últimos cuatro días. Ancízar le dio píldoras “antibiliosas de Vargas” y con eso curó.

De Ocaña fueron a Aspásica, población situada seis leguas al norte de aquella, y de Aspásica a la Palma, dos leguas más al norte. Después de avanzar un poco más en la misma dirección, regresaron a Ocaña, en donde presenciaron las ceremonias de la cruz de mayo.

Ya en el mes de agosto siguieron primero por el camino hacia Puerto Nacional y antes de llegar a este desviaron hacia Los Angeles o Crecenche, deteniéndose a pasar la noche en Simancas y de allí pasaron a Aguachica en donde les dio hospitalidad un señor Silva, oriundo del Socorro. Luego se dirigieron hacia el río Magdalena, llegando primero a Puerto Nacional y de allí siguieron por el río a Tamalameque. De este puerto regresaron a Ocaña y Las Cruces y fueron a la localidad de Tarra, que tenía una sola casa, habitada por el señor Nieves Alcina. De allí salieron muy de mañana para hacer la subida del Alto de San Francisco “desfilando uno tras otro por la pendiente vereda, y a poco andar entramos en los primeros callejones, que son verdaderas grietas abiertas en el recuesto de seis u ocho varas de profundidad y dos o tres de ancho, donde apenas cabe el jinete, y la mula no encuentra espacio para las patas, desesperándose por salir de aquellos fosos, llenos de escalones y ángulos salientes para completar lo fatigador del tránsito. Llegados a La Cumbre (2.650 metros sobre el nivel del mar) dominábamos al oriente la hoya del Sardinata que se dirige al norte...”. (Ancízar).

Dice Codazzi que el camino era tan malo que era necesario que fueran cuatro hombres adelante componiéndolo para que pudieran pasar las bestias de carga y junto a cada una de ellas “iba un hombre a pie para ayudar a la bestia en la subida y retenerla por el rabo en la bajada”.

Solamente podían viajar dos o tres leguas diarias en jornadas que iban de las seis de la mañana a las seis de la tarde y hay que tener en cuenta que el viaje se hacía en época de sequía. Hubiera sido imposible durante la estación lluviosa.

Del recorrido entre Ocaña y Salazar de las Palmas hace Ancízar la siguiente descripción: “Seguimos aquel mismo día para San Pedro, por un camino diabólico, pero rodeado de magníficos robles, lindos arbustos y grandes masas de altivas cañasbravas al borde y en el fondo de los precipicios, por entre los cuales sacaban a trechos sus rizadas palmas los helechos arbóreos; todo esto revestido con un lujo admirable de flores tan brillantes como raras y olorosas, cuya contemplación no daba tiempo para notar los riesgos de la ruta. Ya de noche alcanzamos la posada, donde reunidos al resto de la expedición nos dispusimos a seguir de viaje, soterrados en los callejones, enviando por delante una cuadrilla de peones barretoneros para destapar las cuevas en que habíamos de entrar, las cuales de un momento a otro se obtruyen con la caída de las paredes, que por ser de arena cuarzosa y estar inclinadas sobre la excavación no permanecen mucho tiempo sin abatirse. Callejones hay que miden diez metros de profundidad, cerrados arriba por la unión de las paredes apoyadas en raíces y troncos atravesados, tan lóbregos que dentro revolotean murciélagos, y tan pendientes que las mulas no caminan sino ruedan sentadas sobre el colchón de arena extendido al propósito en el fondo por los barretoneros. La marcha es muy lenta cuando se llevan cargas, pues frecuentemente se

atora la mula contra las paredes, y hay que raerlas para que se salga de la estrechura; baste saber que en pasar un callejón de media legua de largo entre Laurel y Sepulturas gastamos dos horas, embutida en aquella manga la prolongada fila de jinetes y cargas. De cuando en cuando se atravesaban troncos a la altura de los hombros, ramas espinosas y bejucos traidores; los escalones alternaban con los rodaderos, y los raspones en las piernas con los golpes en la planta de los pies al saltar las bestias... Por fin a los siete días llegamos a Salazar bajando una escalera de 893 metros de largo, que acabó de molernos los huesos”.

A Salazar llegaron el 23 de mayo; allí descansaron dos días y fueron a Arboledas, población situada a la orilla de un río. “Cuando lo atravesamos, dice Ancízar, nos ayudaron a remolcar las mulas y conducir las sillas por el puente ocho labriegos vigorosos, entre los cuales se hacía notar uno de gran cachaza y hombros recogidos, aindiado y rechoncho; era nada menos que el presidente del cabildo de Arboledas y por ventura los demás serían sus honorables colegas”.

De Salazar siguieron para San José de Cúcuta; la noche la pasaron en un rancho semi-abandonado que pertenecía a las monjas de Pamplona.

A San José de Cúcuta llegaron el 31 y el gobernador, señor Isidro Villamizar, los recibió muy bien, invitándolos a comer el día de la llegada. Al día siguiente los exiliados venezolanos les hicieron una invitación semejante.

En la ciudad pudieron presenciar los bailes populares que se celebraban todos los sábados y domingos.

El 31 de mayo escribía Codazzi a su esposa: “En este mes que entra espero tener concluido todo el trabajo de esta Provincia i en el mes de julio se hará Pamplona; de manera que a mitad de agosto podríamos estar en Bogotá a más tardar. Ojalá pudiera antes pero lo dificulto”.

Y con fecha 18 de junio le escribía del mismo lugar: “El sábado pasado Blasine dio a la Comisión Corográfica una comida mui exquisita, porque casi todos los platos eran conservas de París. Vinos excelentes de modo que entre 8 nos bebimos cerca de 24 botellas. El chiquillo bebió como todos nosotros, tenía los cachetes morados y colorados como una brasa, i no se chispó; al paso que Ancízar, Triana, Blasine, Leonidas Busquet & & estaban chispados”.

Luego pasó la comisión nueve días en las montañas cercanas a San José. Se habían presentado algunas dificultades entre el dibujante Fernández y los demás miembros del grupo, de manera que Codazzi escribía a su esposa haciendo relación a aquel: “No se deja ver i aunque estuvo en la comida de Blasine no se arrimó a mí para nada. No sé lo que tenga en la cabeza, ya se ve que es loco el pobre i las diferentes faces de la luna deben influir en su personita que procura estar lejos de nosotros para que no veamos que no trabaja sino con las pelonas”.

Y en la carta del 29 de junio dice: “No le he dicho nada a Carmelo Fernández, porque hace más de 20 días que no se le ve la cara; si me encuentra por la calle me huye lo mismo que hizo en Burdeaux. Ese loco

la ha tomado ahora conmigo i no sé por qué ha dicho que tiene muchas quejas i que no puede seguir en la comisión; i el mejor del negocio es que ni una palabra ha pasado entre los dos, porque no se deja ver; sin embargo con sus chismes me molesta i te aseguro que no hai en este mundo cosa más desagradable para mí que tener disgustos de familia, porque en esta caravana debemos ser como una familia en perfecta armonía"...“El sosiego y la tranquilidad de ánimo son dos cosas mui necesarias en esta peregrinación para trabajar bien i conservar la salud; de manera que si yo debo seguir el año que viene con este loco, me parece que dejaré el trabajo, porque te repito que lo único que me queda a mi edad es de gozar de tranquilidad de espíritu i conservar buena armonía con los que me acompañan. Si estos trabajos me obligan a estar lejos de mi familia que quiero en extremo, a lo menos quería tener el consuelo de no tener disgustos por caprichos ajenos, pues si mi familia no me los da, pues yo creo que U. viven en paz i buena armonía todos, pero si así no fuere, i supiera que en la familia no hai tranquilidad, te aseguro que preferiría estar fuera de el a todo el año que venir a pasar algunos meses en medio de disgustos domésticos. Si pues mi familia no va i me da que sentir, porqué debo yo aguantar las impertinencias del loco Fernández? Te aseguro que el hombre es siempre lo mismo i no ha cambiado nada. Vive solo i su cuarto de día i de noche está concurrido por las pelonas i creo que no trabaja nada. Yo que estoi encargado por el Gobierno como Jefe de la Expedición de vigilar para que cumpla con sus deberes no puedo hacerlo, ni lo hago porque él huye de mí. Pero lo cierto del negocio es que él quiere vivir con la familia en Cúcuta, porque así lo quiere su esposa, y ya está buscando medio de colocarse aquí según me han informado varios. Ojalá que así suceda..."

“Domingo con Carrasquel, Juancho i el botánico pasaron el Táchira fueron a San Antonio yo no los acompañé porque no tengo mucha fe en Aguado que está allá de Comdte. de la milicia y de Cabral que está de administrador.....

En mi última correría al monte me he podido cerciorar de la exactitud de mis observaciones del año 28 porque despaché una partida en el monte para que marchara siempre al Norte que encontrarían el Puerto de la Buenaventura con 7 leguas de distancia. Efectivamente cuatro días estuvieron en la montaña llegaron a la Buenaventura y encontraron exactamente las 7 leguas que les había dicho.

Dentro de tres días ya saldré de esta Provincia para entrar en la de Pamplona i me parece que en un mes debo concluirla si el tiempo no me pone obstáculos i luego volveremos a Bogotá a trabajar de firme”.

De San José de Cúcuta pasaron al Rosario de Cúcuta, Chinácota y Pamplona, en donde estaban el 13 de julio. Allí se establecieron por algún tiempo, haciendo dos excursiones: una a un camino de esa ciudad hacia las regiones del Orinoco, por la cordillera oriental; para el estudio de ese camino hizo Codazzi un diseño del paso montañoso, el cual tenía ya concluído el 26 de junio, y que comprendía la región de Pamplona y Labateca, siguiendo el río Margua hacia dentro del territorio venezolano. La otra excursión fue a la región de Cúcuta, en la zona de los escalones de Zumbador y Tierranegra.

De Pamplona llegaron a Cucutilla y Labateca, pero antes de llegar a esta población se quebró el mejor de los barómetros lo que fue una pérdida grande para la comisión. Luego siguieron a Toledo, Cácuta, Chitagá, el páramo del Almorzadero, Málaga, Enciso y Capitanejo y a finales de julio penetraron al territorio de Tundama y por la vía de Tunja regresaron a Bogotá, a donde llegaron en la primera quincena de agosto.

Durante los primeros meses del año el recorrido de Triana en sus trabajos de herborización fue diferente de el del resto de la comisión. En enero, febrero y marzo estuvo primero en las montañas de Cundinamarca y luego siguió al norte, visitando Sátiva y Moniquirá. En el mes de marzo estudió además la provincia de Vélez; en abril y mayo la del Socorro; Piedecuesta, Girón y Bucaramanga en mayo; Suratá, La Cruz y Ocaña en mayo y junio, habiendo tenido entonces la oportunidad de trabajar con el botánico Luis Schlim, oriundo de Bruselas. Triana lo encontró en Ocaña. De esta ciudad Triana bajó por la quebrada Sinuga al río Magdalena, regresó a Ocaña y en junio llegó a Salazar de las Palmas; siguió a Cúcuta y con sus compañeros de comisión estudió los alrededores de esa población y siguió con ellos en la vía de regreso a Bogotá.

Mientras el resto de la comisión permanecía en la capital en el segundo semestre de 1851, trabajando en los materiales recolectados en el viaje que acababan de terminar, haciendo los itinerarios de todos los caminos y poniendo en limpio los cuatro mapas correspondientes, Triana salió hacia el suroeste de Cundinamarca en compañía del botánico prusiano Warsewiz, quien iba para Guayaquil. Estuvieron en Tena, La Mesa y Tocaima; pasaron el río Magdalena en Guataquí; atravesaron el Tolima desde Piedras hasta Ibagué; pasaron las montañas del Quindío, visitaron a Cartago y a Cali; pasaron a San Antonio y de allí bajaron al río Dagua en septiembre y finalmente llegaron a Buenaventura. Por la misma ruta regresó Triana a Bogotá a donde llegó en el mes de octubre, encontrándose entonces enfermo, con fiebres que le habían empezado en el Dagua.